

Revista "Siete Días"
Editorial Crea
Nº 747 del 7 al 13
de Octubre de 1981

Batuz es como un personaje salido de las páginas de Tolstói. El lujo desmedido y la miseria más absoluta han pasado tantas veces por su vida que pareciera que su existencia está regida por un péndulo imprevisible y caprichoso que abarca en su recorrido todos los estados del alma. De chico conoció el feudalismo en las inmensas propiedades que su familia tenía en Matraderecske, Hungría ("recuerdo que los criados besaban la mano de mi padre y mi abuelo había prohibido que en casa se hablara de dinero"). Después vino la Segunda Guerra y la huida desesperada hacia el frente occidental para no caer en manos de las tropas soviéticas ("mis padres cargaron la platería, las alfombras persas, algunos muebles y un poco de ropa, en cuatro carros tirados por caballos, y nos unimos a una columna de refugiados que avanzaba lentamente por un camino de montaña y era ametrallada, alternativamente, por aviones nazis y aliados. Una madrugada los sirvientes abandonaron los carros y mi madre tuvo que sobornar a un soldado alemán con un anillo para que nos sacara de ese infierno en un camión atestado de heridos y granadas de mano"). Más tarde llegó el turno de los campos de refugiados de Austria donde Batuz, a los doce años, aprendió que para sobrevivir era necesario robarle papas a los campesinos y cambiar pedazos de cigarrillos por leña.

En 1949 la familia desembarcó en el puerto de Buenos Aires y fue alojada, junto con otros 300 húngaros, en el Hotel de los Inmigrantes que según Batuz tenía el aspecto estremecedor de los campos de refugiados aunque resultaba bastante más hospitalario. "No sabíamos una palabra de español, no teníamos dinero, tampoco amigos y Buenos Aires nos resultaba tan desconocida y hermética como Estambul. Para colmo mi padre había sido terrateniente toda su vida, de modo que su experiencia podía servirnos de muy poco: no hay nadie más patético en este mundo que un terrateniente en el exilio".

Ahora el péndulo está en el extremo opuesto. Batuz es un artista de éxito, un pintor respetado que vende sus cuadros en treinta mil dólares y habita con

EL PINTOR QUE REGRESÓ DEL INFIERNO

Su nombre artístico es Batuz. Nació en Hungría y conoció el infierno de la Segunda Guerra. Estuvo varios años en un campo de refugiados. Empezó a pintar en Buenos Aires, donde nacieron tres de sus hijos. Ahora es un artista de éxito. Vive en una mansión de un millón de dólares, en las afueras de Westport, Connecticut, zona que incluye a Paul Newman entre sus vecinos célebres

su familia una descomunal mansión con once chimeneas, rodeada por cuatro hectáreas de parque privado, en las afueras de Westport, Estados Unidos. Pero no es el estado actual de la cuenta bancaria lo que marca la diferencia con aquel inmigrante húngaro que desembarcó en el puerto de Buenos Aires hace tres décadas, sino el respeto que su obra ha despertado entre los críticos europeos y norteamericanos, y en museos como el Kunsthalle

Nuremberg de Alemania, el Hirshorn Museum de Washington, el Moderner Kunst de Viena y el Everson Museum of Art de Nueva York.

Un país con pingüinos y bananas

Si la Argentina no tuviese todos los climas posibles, si no fuese "un país con pingüinos y bananas" como lo definió el padre de Batuz, la familia tal vez nunca hubiera buscado asilo en

Buenos Aires. "Mi padre sufría de alta presión y le temía a los trópicos tanto como al frío —dice— por eso no quiso correr riesgos y eligió empezar una vida nueva en la Argentina". Durante los tres primeros años en el país Batuz hizo tantos trabajos diferentes que algunos ya ni los recuerda. "Vivimos en las afueras, en el barrio de Martínez, y uno de los hombres que más me fascinaba, tal vez porque me parecía demasiado exótico para ser real, era el

vendedor de pavos: andaba por las calles adoquinadas guiando una bandada de veinte o treinta pavos y cada vez que algún vecino le pedía uno, él atrapaba el animal con un pequeño lazo de hilo. Para un chico europeo como yo la escena resultaba absolutamente fantástica".

Fue en aquella época y en aquella geografía donde Batuz empezó a pintar. Un buen día el médico le descubre una seria afección cardíaca y le ordena que haga reposo durante un

Batuz en el parque de su casa, exponiendo al sol uno de sus cuadros. "La pintura abstracta ayuda a comprender la realidad cotidiana. Es una forma de llegar a la verdad", dice. Uno de estos cuadros fue vendido al Museo de Arte Moderno de Viena en 32.000 dólares.